

## CAPÍTULO XXII

### El Cuerno de la Abundancia.

El camino que Borrromeo hacía seguir á Chicot, sin sospechar que Chicot lo conocía tanto como él, recordaba á nuestro gascón los más felices tiempos de su juventud.

En efecto, ¿cuántas veces, con la cabeza vacía, las piernas ligeras y los brazos sueltos, aprovechando el tibio sol de invierno, la fresca sombra del estío, había ido Chicot á la celebrada taberna del *Cuerno de la Abundancia*?

Entonces unas cuantas monedas de oro y aun de plata sonando en su bolsillo, le hacían más dichoso que un rey, y se dejaba llevar del dulce placer de la holgazanería, tanto como era de esperar de quien no

tenía patrona en su alojamiento, ni hijo hambriento que esperase su llegada, ni padres regañones que lo acecharan por detrás de las ventanas.

Entonces Chicot se sentaba con la mayor indiferencia del mundo en el banco de pino ó en el taburete de la taberna aguardando á Gorenflot, si ya no es que le encontraba puntual á los primeros vapores de la cena preparada.

Animábase visiblemente Gorenflot, y Chicot siempre inteligente, observador anatómico, estudiaba cada uno de los grados de su borrachera, examinando aquella curiosa naturaleza al través del vapor sutil de una emoción razonable, y bajo la influencia del buen vino, del calor y de la libertad, remontábase la juventud espléndida, victoriosa y consoladora al cerebro.

Al pasar Chicot por el callejón Bussy se levantó sobre las puntas de los pies para distinguir la casa que había recomendado á la vigilancia de Remigio, pero la calle era muy desnivelada, y el detenerse le pareció una demostración impolítica; siguió, pues, al capitán Borrromeo, y este sacrificio le costó un suspiro.

No pasó mucho tiempo sin presentarse á su vista la gran calle de Santiago, en seguida el claustro de San Benito, y casi enfrente del claustro la hostería del *Cuerno de la Abundancia*, algo vieja ya y en bastante mal estado; pero sombreada siempre en la parte exterior por los plátanos y castaños, y amueblada en lo interior con sus vasijas de estaño relucientes y sus cacerolas brillantes, que son las ficciones del oro y de la plata para los gastrónomos y bebe-



dores, pero que llenan de verdadero oro y de verdadera plata los bolsillos del tabernero por razones simpáticas de que es preciso pedir cuenta á la naturaleza.

Después que Chicot dirigió su mirada escudriñadora desde el umbral de la puerta, tanto á la parte exterior como á la interior, se encogió todo lo que pudo, perdiendo lo menos seis pulgadas de estatura, la cual había disminuído ya en presencia del capitán, y añadió un gesto de sátiro muy diferente del aire franco y jovial de su fisonomía, y se preparó á arrostrar la presencia de su antiguo huésped, maese Bonhomet.

Además, Borromeo pasó el primero para enseñarle el camino, y maese Bonhomet, al ver aquellos dos cascotes, no se cuidó de averiguar quién era el que marchaba delante.

Si la fachada del *Cuerno de la Abundancia* estaba bastante deteriorada, la del digno tabernero por su parte había sufrido también las injurias del tiempo.

Además de las arrugas, que en el rostro humano corresponden á las grietas que el tiempo abre en las fachadas de los edificios, maese Bonhomet había adquirido ciertos modales de hombre rico, que para otros cualesquiera, que no fueran soldados, le hacían de difícil acceso; y los cuales encogían por decirlo así, su rostro; pero Bonhomet respetaba siempre la espada, este era su flaco, y había contraído esta costumbre por vivir en un barrio tan distante de toda vigilancia municipal, bajo la influencia de los pacíficos benedictinos.

En efecto, si por desgracia se promovía una dis-

puta en aquella gloriosa taberna, antes de que pudieran acudir los suizos ó los alguaciles, había tiempo sobrado para desenvainar las espadas y hacer cribas muchos coletos; este percance había acontecido ya siete ú ocho veces á Bonhomet y le había costado cien libras cada vez; por lo tanto respetaba la espada por aquello de: «El miedo guarda la viña.»

En cuanto á los demás clientes del *Cuerno de la Abundancia*, estudiantes, frailes y mercaderes, Bonhomet se las arreglaba solo á las mil maravillas, pues había adquirido cierta celebridad rompiendo unas cuantas botellas en las cabezas de los pagadores recalcitrantes y desleales, hazaña que ponía siempre de su parte á algunos abonados que había escogido entre los mancebos más vigorosos de las tiendas inmediatas.

Por lo demás, sabía tan bien y era tan puro el vino que cada uno tenía derecho á ir á buscar por sí mismo á la bodega, era tan conocida su generosidad respecto á ciertos parroquianos acreditados en su mostrador, que nadie murmuraba de su mal humor ó de sus rarezas.

Algunos parroquianos antiguos atribuían este mal humor á un fondo de pesar que maese Bonhomet había tenido en su matrimonio.

Tales fueron, á lo menos, las explicaciones que Borromeo creyó deber dar á Chicot sobre el carácter del huésped cuya hospitalidad iban á disfrutar juntos.

Esta misantropía de Bonhomet había tenido mal resultado para el ornato y menaje de la hospedería. En efecto, considerándose el tabernero muy superior á sus parroquianos, no puso el menor cuidado en



embellecer su taberna, resultando de aquí que Chicot, al entrar en la sala común, lo reconoció todo al primer golpe de vista; nada había cambiado, á no ser el color fuliginoso del techo, que de pardo había pasado á negro.

En aquellos tiempos venturosos aun no habían adquirido las posadas el horrible olor acre é incómodo del tabaco quemado con que hoy se impregnan las ensambladuras y tapices de las salas, olor que absorbe y exhala todo lo que es poroso y esponjoso. Así es que, á pesar de su grasa venerable y de su tristeza aparente, la sala del *Cuerno de la Abundancia* no inficionaba con exhalaciones exóticas los miasmas vinosos profundamente impregnados en cada átomo del establecimiento; de suerte que, sea permitido decirlo, un verdadero bebedor hallaba placer en aquel templo del dios Baco, porque allí respiraba el aroma y el incienso más grato á la divinidad.

Chicot pasó, como hemos dicho, detrás de Borromeo, y no fué visto, ó más bien, conocido por el huésped del *Cuerno de la Abundancia*; en seguida se dirigió al ángulo más oscuro de la sala común, y ya iba á instalarse en ella, cuando deteniéndole Borromeo, le dijo:

— Os advierto, amigo mío, que detrás del tabique hay un pequeño reducto, donde dos hombres pueden hablar cómodamente cuanto quieran después de beber, y aun mientras beben.

— Pues vamos á él, dijo Chicot.

Borromeo hizo una seña á nuestro huésped, la cual quería decir:

— Compadre, ¿está desocupado el gabinete?

Bonhomet respondió con otra seña que quería decir:

— Lo está.

— Venid, dijo Borromeo, y condujo á Chicot, que fingió tropezar en todos los ángulos del corredor, en aquel estrecho reducto que ya conocen los que han querido perder su tiempo en leer la *Dama de Monso-reau*.

— Esperadme aquí, dijo Borromeo, mientras voy á usar de un privilegio concedido á los parroquianos constantes del establecimiento, y del cual vos también participaréis cuando seáis más conocido.

— ¿Qué privilegio? preguntó Chicot.

— El de ir yo mismo á la bodega á escoger el vino que vamos á beber.

— Mé agrada el privilegio, dijo Chicot, id, aquí os espero.

Salió Borromeo, y Chicot le siguió con la vista: luego que aquél cerró la puerta, se dirigió á la pared y quitó de ella una imagen del asesinato de Crédit, muerto por los malos pagadores, la cual estaba en un cuadro de madera negra, y guardaba simetría con otro que representaba á una docena de pobres pelones tirando al diablo por la cola.

Detrás de aquella imagen había un agujero, desde donde se podía ver la sala sin ser visto, agujero muy conocido de Chicot, como obra de sus manos.

— ¡Ah! ¡ah! dijo, me conduces á una taberna de que eres parroquiano; me metes en un callejón donde crees que no podré ver sin ser visto, y en el que hay un agujero, gracias al cual no harás un gesto que yo no vea. Vamos, vamos, mi capitán, poco astuto y previsor eres.



Y al pronunciar Chicot estas palabras con el aire de desprecio que le era habitual, aplicó el ojo al tabique, artísticamente perforado.

Por este agujero vió á Borromeo apoyando primero prudentemente su dedo sobre los labios, y hablando después con Bonhomet, que daba asentimiento á lo que le decía con graves inclinaciones de cabeza.

Por el movimiento de los labios del capitán, adivinó Chicot, muy experto en semejantes materias, que la frase pronunciada quería decir :

— Servidnos en ese reducto, y no penetréis en él, cualquiera que sea el ruido que oigáis.

Después de lo cual tomó Borromeo una lamparilla que ardía constantemente encima de un arcón, levantó la trampa, y bajó él mismo á la bodega, usando del privilegio más precioso concedido á los parroquianos del establecimiento.

En el acto Chicot dió un golpe en el tabique de una manera particular.

Al oír Bonhomet aquel modo de llamar, que debía despertar algún recuerdo profundamente arraigado en su corazón, se estremeció, miró al aire y escuchó.

Chicot volvió á llamar, y de un modo que probaba su extrañeza de no haber sido obedecido al primer llamamiento.

Bonhomet se dirigió entonces presuroso al reducto, y halló á Chicot de pie y con rostro amenazador.

Al verlo Bonhomet lanzó un grito, pues suponía á Chicot muerto, como todo el mundo, y creía hallarse enfrente de su espectro.

— ¿Qué significa esto! dijo Chicot. ¿Desde cuándo

acostumbráis á hacer llamar dos veces á hombres de mi temple?

— ¡Oh! señor Chicot, dijo Bonhomet, ¿sois vos, ó solamente vuestra sombra?

— Sea yo ó mi sombra, desde el momento que me conocéis, creo que debéis obedecerme á ojos cerrados.

— ¡Oh! ciertamente, señor : mandad lo que gustéis.

— Cualquiera que sea el ruido que oigáis en este gabinete, maese Bonhomet, y pase lo que quiera, espero que aguardaréis á que os llame para venir.

— Lo cual me será tanto más fácil, señor Chicot, cuanto que la recomendación que me hacéis es exactamente la misma que acaba de hacerme vuestro compañero.

— Sí, pero no es él quién llamará, ¿lo entendéis, señor Bonhomet? sino yo, y si llama, será lo mismo que si no llamara.

— Convenido, señor Chicot.

— Bien, y ahora alejad á todos vuestros clientes bajo cualquier pretexto, y que dentro de diez minutos estemos tan libres y solos en vuestra casa, como si hubiésemos venido para practicar en ella el ayuno de viernes santo.

— Dentro de diez minutos, señor Chicot, no habrá un gato en la casa, á excepción de vuestro humilde servidor.

— Idos, Bonhomet : habéis conservado toda mi estimación, dijo Chicot majestuosamente.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! dijo Bonhomet retirándose, ¿qué vá á pasar en mi pobre casa?



Y al retirarse encontró á Borromeo, que subía de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo :

— Ya lo has oído : dentro de diez minutos ni un alma en el establecimiento.

Bonhomet hizo con su cabeza, tan desdeñosa habitualmente, una señal de obediencia y se dirigió á su cocina á fin de meditar los medios de obedecer al doble mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto halló á Chicot, que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuáles fueron los medios que discurrió Borromeo para salir de su compromiso ; pero es el resultado que á los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el brazo al último mercader, y diciendo :

— ¡Diablo! borrasca se prepara hoy en casa de maese Bonhomet; pongámonos á buen recaudo si queremos evitar la granizada.

## CAPÍTULO XXIII

De lo que sucedió en el reducto de maese Bonhomet.

Cuando el capitán entró en el reducto con un canasto de doce botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo por creer tonto á Chicot.

Borromeo tenía mucha prisa de destapar las botellas que había ido á buscar á la bodega ; pero nada era en comparación de la que Chicot tenía, y por lo tanto no fueron largos los preparativos. Á fuer de bebedores experimentados, ambos compañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhomet les presentó inmediatamente el plato que habían pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhomet contestó á cada uno de ellos ; pero si